

Presentación

Los artículos de esta edición de yachay presentan una diversidad de temas que convergen en algunos puntos claves. El Simposio Teológico “Gaudete in Domino” tuvo lugar en la Facultad de Teología “San Pablo” del 18 al 20 de septiembre, con conferencias impartidas por el eminente filósofo y teólogo argentino Juan Carlos Scannone, sobre ciertas cuestiones del Magisterio del papa Francisco a partir de textos suyos ya publicados, motivo por el cual las presentamos aquí como transcripciones de los audios, ligeramente editados. Además, el Nuncio Apostólico en Bolivia, Mons. Angelo Accattino, ofreció una ponencia con título homónimo al del citado Simposio. El 4 de octubre, fiesta de san Francisco de Asís, tuvimos la ceremonia de Doctor honoris causa para Thomas Kornacki, distinguido por sus realizaciones tanto pastorales como académicas tras una larga carrera, y reproducimos el discurso del flamante doctor en torno a los principales teólogos e historiadores que le han inspirado y le inspiran en la enseñanza de la teología. Siguen tres artículos que versan sobre el impacto de la enseñanza de la antropología cristiana en jóvenes universitarios, la vocación al amor y al cuidado del otro, y la llamada universal al amor como el aporte más significativo del cristianismo a un mundo plural.

Juan Carlos Scannone, en su ponencia “La teología del pueblo y el Papa Francisco”, explica el surgimiento de la teología del pueblo en Argentina, sus características y su relación con la teología de la liberación. Las anécdotas personales del autor, que salpican su exposición, ayudan a contextualizar el desarrollo de esta corriente teológica y enriquecer la hondura de su reflexión. Aborda los aportes propios del papa Francisco a la teología del pueblo: su análisis del pueblo en las figuras del poliedro, la inculturación del Evangelio, la opción por los pobres, y la mística popular. En otra conferencia, “La ética social del Papa Francisco

en clave de discernimiento”, Scannone trata sucesivamente del “hilo de oro de la misericordia” que “es como transversal en todo el pontificado de Francisco” (p. 30), la Iglesia pobre para los pobres, y el discernimiento de los signos de los tiempos según criterios claves, incluyendo el de responder a nuestro “llamado primordial” (p. 45), desde una afectividad recta. A pesar de tantos males en el mundo y en la Iglesia actualmente, Dios va sembrando semillas de novedad y esperanza. Nos incumbe discernirlas y fomentar su crecimiento.

Mons. Angelo Accattino, en su artículo “La alegría en el Señor”, constata la centralidad del tema de la alegría en el magisterio del papa Francisco. Dios nos ha creado para compartir con nosotros su propia vida y dicha. Ser sus hijos e hijas adoptivos y vivir su amor nos hace sumamente felices. Y cuando nos desviamos del camino, su perdón nos trae inmensa alegría. El anuncio de la salvación hace desbordar de júbilo no solamente al pueblo de Dios sino también a toda la creación. Más aún es el gozo por el nacimiento de Jesús, la buena noticia de la salvación en persona. La alegría del Reino, de las bienaventuranzas, no es superficial ni ligera. Más bien es exigente, pues brota de la entrega de sí, la cual inevitablemente conduce a la cruz, que es a la vez gloriosa. La alegría que irradia Jesús llena el corazón de sus seguidores. Se manifiesta en saber disfrutar las cosas sencillas de la vida y en un sereno testimonio. Francisco nos anima a evangelizar con nuestra alegría, a ser luz y esperanza para todo el mundo ante las durezas de la vida.

Thomas Kornacki se identifica con los carretilleros de la Cancha (mercado popular de la ciudad de Cochabamba, Bolivia) en su ponencia “El carretillero y el rosetón: memorias y modelos para la enseñanza de la teología”. Al ir para clase trae en su “carretilla” las mercancías de sus apuntes, libros, artículos y cantos, o sea “los aportes de los grandes teólogos e historiadores

pasados y presentes” (p. 61). Presenta reflexiones pertinentes de varios pensadores que forman parte de sus “mercancías”. Su preocupación no se centra tanto en los contenidos teológicos que enseña, sino en la relación orgánica entre ellas (historia, patología y espiritualidad). Reconoce la necesidad de buscar un equilibrio entre la ley y la libertad, entre los datos de la revelación y la realidad actual para que surja el desarrollo doctrinal. Inspirado en san Buenaventura, Kornacki constata la presencia de Dios en su creación y en la cotidiana actividad humana, sosteniendo la inseparabilidad entre teología y espiritualidad auténticamente vividas. Mediante nuestro testimonio de vida, seamos “los carretilleros de la Iglesia ofreciendo el Evangelio a todos, como nuestra única mercancía” (p. 91).

Antonio Torres, en su artículo “Antropología cristiana: un desafío para los jóvenes”, investiga el aporte formativo del estudio de la antropología cristiana a los estudiantes de todas las carreras en la Universidad Católica Boliviana (UCB). La visión de la UCB incluye formar a personas capaces de construir relaciones auténticas en un mundo plural, expresión del “saber convivir” (p. 94), y así ser agentes de cambio social. En diálogo con la filosofía y a la luz de los contextos cambiantes de nuestra época, la antropología cristiana indaga la identidad del ser humano desde su vocación de imagen del Dios unitrinario revelado en Jesucristo. Torres repasa los hitos bíblico-teológicos de la reflexión sobre el ser humano a lo largo de la historia. Otro fundamento de la antropología cristiana se halla en el testimonio de varones y mujeres que han encontrado a Dios y a su propia vocación en la vida, personas que irradian la alegría de ser imágenes de Dios y construyen relaciones auténticas. El autor concluye recogiendo algunos de los frutos que se ven en los estudiantes tras el estudio de la antropología cristiana.

Luis Ponce de León aborda el tema “De la vocación a la cura de sí y de los otros”. Somos hechos para realizarnos en la historia, tornarnos más plenamente humanos mediante la acogida atenta, libre y generosa de la llamada al amor, de sus sufrimientos y gozos. La llamada viene de la voz de la conciencia moral, donde se comprende que el Ser nos llama a ser más allá de los propios límites por medio de las relaciones interpersonales, donde la reciprocidad es asimétrica. Salir de nosotros mismos es expresión de aquel anhelo de lo trascendente. Se da una participación ontológica entre el Otro quien llama y la persona invocada. El amor crea y salva, y la memoria sostiene la tenacidad del amor. En el amor se entrelazan el afecto y la comprensión de quien cree. La vocación personal es única, sin embargo se integra armónicamente en el tejido de las vocaciones de los demás. La aceptación de la vocación nos proyecta a la realidad con acciones creativas, reconociendo la gratuidad del don de la vida. Aun nuestras acciones más pequeñas son portadoras de sentido y de esperanza. “En el mundo hacen falta hombres y mujeres valientes, que como torrentes impetuosos se lancen hacia el océano del infinito amor de Dios, arrastrando a su paso a otros hombres y mujeres” (p. 122). Reconociendo que los demás nos son entregados en custodia, nuestra atención solícita hacia ellos expresa el cuidado y la cura. Cuidar es “la actitud más profundamente humana” (p. 128), la plena realización humana que sella nuestra pertenencia a Dios.

Clara Medina, en su escrito “El mensaje cristiano: una llamada universal al amor”, plantea la humanidad común como punto de partida para el diálogo con personas de diversas confesiones cristianas, de otras religiones y de ninguna. Reconoce las dificultades para hacerlo desde una postura que afirma la unicidad de Jesucristo, y por esto propone “la idea de un Jesús presente en todas las religiones” (p. 132). Jesús asumió nuestra humanidad en todas sus particularidades. Sus gestos

humanizadores para con todo tipo de persona comunican el amor sin límites de Dios y la universalidad de la salvación. Para vivir plenamente, somos invitados a entablar relaciones humanas que acogen la alteridad desde la libertad, para así amar sin excluir a nadie en una comunión universal. El diálogo nos exige la escucha respetuosa del otro sin prejuicios a partir de nuestra propia identidad, lo cual posibilita el encuentro y aun la reconciliación. El mandato misionero de Jesús pone en evidencia la universalidad de su mensaje. Su plena humanidad responde a nuestros anhelos más profundos y universales, los cuales incluyen el deseo de la trascendencia y la llamada al amor, que es construir el Reino de Dios.

*Recogemos el sabor del conjunto de los artículos en este número de **yachay**. Vivir la vocación personal y eclesial desde la experiencia de Dios nos hace salir hacia los demás, caminando juntos al hacer opción preferencial por las personas y pueblos empobrecidos. Amar y cuidar sin excluir a nadie nos humaniza y plenifica, nos hace felices, y es la manera más eficaz de comunicar el Evangelio. Comprometernos a construir relaciones humanas que respetan las particularidades de cada cultura y credo, en un discernimiento de los acontecimientos globales y con receptividad al Espíritu que actúa en lo pequeño, genera comunión universal y ofrece esperanza al mundo.*